

María Graciela Calle Márquez

Síntesis de la ponencia presentada en el Simposio Internacional Educar para la paz y ciudadanía global, celebrado en la Universidad Abierta de Lisboa, Portugal.

La autora

Licenciada en Estudios Literarios y Humanísticos, Pontificia Universidad Javeriana; Filosofía y Letras, Universidad de Santo Tomás. Especialista en Docencia Universitaria, Universidad de Santo Tomás; Magister en Filosofía Latinoamericana, Universidad de Santo Tomás.

mcalle@unicolmayor.edu.co

Reflexión

En la actualidad, el tema de la *paz* es universal; es, además, un valor espiritual que reclama nuestra atención pues se ha convertido en una necesidad personal, social y planetaria. La *paz* siempre ha sido representada por una paloma blanca con un olivo en el pico, y es un símbolo no sólo de ausencia de la guerra sino de serenidad interior, de equilibrio, entendimiento interpersonal, diálogo, clima de convivencia, comprensión, reciprocidad, tolerancia, aceptación del

otro (a), dejar ser, respeto a los derechos humanos, a la vida de todos los seres, a la tierra misma.

La paz ha sido definida de diversas maneras según la óptica desde donde se mire y según los intereses de las comunidades, pueblos y naciones; sin embargo, es indefinible, no resiste análisis científicos, sociológicos, ni siquiera filosóficos porque es un don de la naturaleza y para quienes la ven desde una perspectiva religiosa es un don sobrenatural. En los tiempos actuales se habla de ámbitos y escenarios de paz, por ejemplo: paz política, paz social, paz económica, pero escasamente se hace referencia a ese germen de la paz individual que nace y se desarrolla en la interioridad humana y sin el cual no es posible construir escenarios de paz. Es claro que si este proceso no comienza desde adentro de la persona, no puede exteriorizarse ni volverse tangible en los acercamientos humanos.

La paz es base esencial del proceso de humanización y solo se da de adentro hacia afuera y no a la inversa; porque es el individuo quien la

María Graciela Calle Márquez

experimenta en su ser interno, la genera y difunde, la comparte y multiplica. Por ello, si el individuo no se encuentra en paz consigo mismo, no puede edificar la paz, ni participar en tal proceso de humanización que conlleva a la convivencia pacífica. Se reitera que la paz no es solo ausencia de guerras y luchas fratricidas, es una cadena de unidad, fraternidad, reconocimiento de las diferencias del otro (a), vínculo indisoluble entre los miembros de la familia, la comunidad y sociedad en general. Educar para la paz es el inicio del aprender a convivir partiendo de la tolerancia, la diversidad, la equidad, el compromiso social, la solidaridad y responsabilidad, valores esencialmente humanos que enriquecen la formación integral como proceso de humanización.

La paz se convierte en una palabra vacía que solo ofrece varias connotaciones en el diccionario cuando no se cultiva en el corazón y únicamente se considera un concepto, una noción o categoría; es más que esto, trasciende símbolos, signos y señales, está más allá de los caprichos de la moda ideológica,

de fanatismos políticos o religiosos, de disertaciones filosóficas. La paz se halla ligada a la vida, valor absoluto que debe predominar por sobre los demás valores. En el altar de la vida, la paz reverdece como emblema ecológico, respeto, conservación y protección del entorno; pide entendimiento en las relaciones interpersonales; pide igualdad en los procesos de construcción del país mediante valores como la democracia y la justicia; pide racionalidad en el manejo y administración de las riquezas naturales; pide luchar con la palabra desarmada y la idea sabia; pide el libre ejercicio de los derechos fundamentales y respeto para los ajenos; pide coherencia o congruencia entre lo que se piensa, se dice y hace; pide veracidad, honestidad y transparencia en todas las acciones conducentes a procurar la misma paz. Pero también exige con severidad y rigor el cumplimiento y trasfondo ético de los compromisos y deberes asumidos.

Cuando se habla de una *conciencia en paz* se alude a una palabra limpia, una acción transparente que son generadoras de tal estado de conciencia.

María Graciela Calle Márquez

El engaño, la traición y el sofisma o la mentira no tienen aquí cabida, pues la paz nunca pacta con ellos porque pertenece al ámbito de la luz, huye del caos y se convierte en un idealismo utópico, es decir, inalcanzable, sobre todo cuando la sinceridad no preside nuestros propósitos y esto se refleja en nuestros actos. No hay peor desperdicio del tiempo que dedicarse a hablar de la paz sin traducirla a las acciones; porque ella no es un simple tema de tratado o acuerdo para firmar, no es una moda que hoy es y mañana no parece; no es un disfraz ni una comparsa de carnaval; no es un adorno ni un ente condenado a la relatividad; es una disposición interna permanente y benévola hacia los demás.

En el momento presente la paz adquiere protagonismo en las mentes y corazones de los pueblos comprometidos y no comprometidos con ella; se diría que es una viajera peregrina que llama a la puerta de las conciencias y algunas veces esa puerta se abre y le permite entrar; otras veces, permanece duramente cerrada porque detrás están el tumulto irracional, lo caótico y la negación proveniente del

rechazo. Hoy se esgrimen argumentos contrarios a la paz que pretenden ser lógicos y razonables; no son más que discursos vacíos, estériles, alentados por objetivos disfrazados de buenas intenciones. Junto a la paloma emblemática de la paz, aparece la discordia (el peor de los antivalores) simbolizando al cuervo; en el ámbito latinoamericano el buitre o gallinazo actúa como símbolo.

La paz, como ya se indicó, se concibe desde variadas perspectivas según la mentalidad cultural, las aspiraciones, necesidades, intereses y expectativas; para quienes han sido víctimas la paz es un bien invaluable, imprescindible; para quienes solo han asistido al conflicto como espectadores, puede ser un valor agregado concatenado a una necesidad. Algunos nos hemos acostumbrado a oír hablar de la guerra en los medios de comunicación; otros, a vivirla moral o físicamente; quienes tienen el poder, a tramitarla y negociarla; quienes luchan contra ella, a condicionarla; los indiferentes no están lejos de ser escépticos y la consideran un

María Graciela Calle Márquez

idealismo, una simple palabra manoseada en los escenarios de la política. Quienes creemos en ella y sin el ánimo de darle un matiz religioso tengamos en cuenta la vieja plegaria franciscana: *Señor, hazme un instrumento de tu Paz*, la concebimos como un imperativo lógico y categórico, un estado natural y espiritual de la humanidad. Vivir en Paz es nuestro máximo e inalienable derecho. (Calle, M., 2016).

Referencia

Calle, M. La formación integral como proceso de humanización en la educación para la paz. Ponencia presentada en el Simposio Internacional *Educación para la paz y ciudadanía global*, celebrado en la Universidad Abierta de Lisboa, Portugal, del 13 al 15 de septiembre de 2016.